

# INOCENTES COMO LOBOS

(Homenaje a Gabriel Miró)

Génesis García

“FIRMAS PROPIAS”. LA VERDAD, 2001.

---

Caminábamos con el júbilo del mediodía, entre tierras de secano, montes azulados de alumbres, palmitos y algún que otro árbol rodal, de frutos apretados de agua viva.

Las voces, entre respetuosas y asombradas, iban bajando de tono, conforme la naturaleza, inédita de huella humana, nos sobrecogía. Los chicos, una veintena que no habían cumplido los veinte, escuchaban con cariño las advertencias de su profesora de Biología. Con ella y conmigo, disfrutábamos juntos de aquella caminata comulgante con el paisaje, a punto de estallar los corazones ante tanta belleza, aislada secularmente de los caminos del hombre:

-Lo que veis por el campo, flores, piedras, matas, gusanos, insectos, bichos cualesquiera... no se corta, no se toca, no se amustia, no se pisa, no se profana. Se disfruta, pero no se toquetea ni se pringa. Somos parte de esta naturaleza, no sus coleccionistas.

-¿Amelia, ¿qué tipo de árbol es ése, el de la plena flor, entre blanca y rosada?

La profesora, delgada y joven, cara de niña, se acerca al árbol con cuidado, a mirar desde su sombra, cuando un pastor, perros espeluznados y escuálidas ovejas en su torno, bronco de ira y cayada, la amenaza a gritos, corriendo a tropezones desde la barranquera:

-!!Cabrona, hija de puta, sal de ahí ahora mismo o te apedreo viva, fuera de mi tierra, sinvergüenza!!

-Sigamos andando sin contestar: está furioso y puede apedrearnos.

Me asombré ante la prudencia que recomendaba uno de los chicos, que ahora traduce en Bruselas, y que si me lee, recordará lo que pasó después de un breve reposo junto a la única casa que divisamos al remontar el gran barranco, colorada oscura de fachada y azulona de bordes, con su poyete, su geranio y su pozo. Descansamos a su vera. Seguimos camino.

Apenas nos alejábamos, la puerta, antes cerrada a cal y canto, se abrió, y una erinia embrujada, telúrica y matriarcal, enlutada desde el pañuelo que rodeaba su cara de pico a pico, hasta el halda que rozaba el suelo, comenzó a llover piedras e insultos sobre los que, desde dentro, había estado espiando y pensaba que habían amenazado su rudimentaria propiedad. Descendidos por el barranco, no podíamos

defendernos de las sílices apretadas, rotundas y calientes que a dos manos nos lanzaba.

En la venta, hicimos los preguntados: eran el pastor y su mujer. Como fieras, guardaban a pedradas su espacio vital y ningún ser humano conocido se acercaba por sus contornos.

Todo lo anterior he recordado al releer en *Años y leguas*, de nuestro amado Gabriel Miró, el pasaje en que Sigüenza bajó hasta los manantiales, a recordar en la tarde gozosa

*... Una inocencia de infancia fugazmente recuperada*

Y justo cuando se extasiaba penetrado de las armonías del agua fresca y recién brotada, principiaron a caer sobre él

*Gritos afilados y duros como piedras de río*

Que le insultaban brutalmente para que, largándose forastero, dejara en paz el agua.

Gabriel Miró, cuya lectura acelera los pulsos por el asombro que produce la perfección, redimió la naturaleza en toda su plenitud. Por eso, como Pío Baroja en su *Árbol de la Ciencia*, pero con palabra poética inefable, hundió sin reparos su mirada en los pozos más oscuros de la crueldad irracional: cuando no nos hemos repuesto del estupor de sentir la faca de Mitjana temblando en la tetilla de un mozo que se burlaba de él pasándole una melva podrida por la cara, nos sobrecoge con las puñadas del Visentot, que reventaban los oídos de su mujer en la oscuridad, acechándola cuando ella, rendida en su vigilia amenazada, caía en un sueño en el que el infierno la esperaba.

Pero Miró también nos mostró, como Baroja, que esa crueldad primitiva es como la de los lobos: crueldad inocente en su propia y oscura animalidad.